

## 223. La fe que nunca se pierde

Un poeta muy celebrado había compuesto una poema muy bello, titulado “Amor de madre”, dedicado al ser más querido de la tierra, y con él se ganó el premio primero de los Juegos Florales. Eran los tiempos en que el presumir de indiferente e irreligioso constituía casi un honor. Pero el poeta (Gabriel y Galán) era suficientemente buen cristiano como para dejarse vencer de un respeto humano cobarde. Y así, cuando subió al estrado para declamar la poesía premiada con la Flor natural, antes de leerla, y ante la admiración del numerosísimo auditorio, recita estos versos medio improvisados:

Antes de que el poeta alce su canto  
a un santo amor al que le debe tanto,  
dejad que el hijo que lo santo siente,  
comience haciendo con respeto santo  
la señal de la cruz sobre su frente.

El poeta laureado hizo la señal de la cruz a la vista de todo el público, que se desató en aplausos entusiastas y prolongados, mientras todos lanzaban palabras de aprobación. -*¡Esto es ser un hombre! ¡Esto es ser un valiente!* Y los más sensatos, observaban: -*¡Esto es ser un cristiano! ¡Esto es tener fe!...*

La fe de que hizo gala el poeta laureado es un don de Dios y es una conquista. Dios la da, la infunde en el Bautismo; pero el agraciado guarda ese regalo divino, defenderlo, cultivarlo, vivirlo, hasta morir con él entre las manos...

La fe es creer en Dios, es fiarse de Dios, es no dudar nunca de Dios, es vivir siempre cara a Dios. Y esto, sin verlo, sino únicamente porque se sabe quién es Dios, porque se acepta su palabra, porque se espera en sus promesas.

La gloria de Dios y el mérito del hombre están precisamente en esto: en que no se ve nada, y, sin embargo, ni se duda de Dios, ni se deja de quererle, ambas cosas de por sí inexplicables. ¿Por qué fiarse de lo que no se ve? ¿Por qué mirar a una promesa sin nada ante los ojos que la garantice?... ¡Aquí está la gloria de Dios! ¡Aquí está la dificultad y el mérito del creyente!

Un caballero —que antes había sido muy honesto, pero que perdió la fe por enfrascarse en lecturas peligrosas, las cuales le llevaron primeramente a una vida moral muy resbaladiza y acabaron por sumirle en la incredulidad—, le desafiaba al sacerdote católico: -*A ver, y usted, ¿qué va a sacar de esta vida, si después, lo más probable, no hay nada?...* Así un día y otro día. Hasta que el sacerdote —nos lo contaba él mismo en el grupo—, le respondió muy a secas:

- *Perfecto. Supongamos que no hay nada. Yo soy feliz con mi fe, y, si al morir me encuentro con que no hay ni Dios ni Cielo, yo también desapareceré para siempre; pero habré pasado feliz, muy feliz, mi vida pensando en esas cosas invisibles. Mientras que usted está pasando ya ahora una angustia fatal, aunque usted lo quiera negar, como se ve por tanta preocupación como le causan todos los asuntos de la religión. Si no hay nada de eso en que yo creo, ¿por qué se molesta tanto usted?...*

Una simple anécdota como ésta —y el sacerdote hablaba muy en serio cuando nos la contaba— nos dice cómo se puede llegar a la pérdida de la fe al exponerla peligrosamente. Una lectura, una amistad con quien la ha negado, un contacto imprudente con personas que se han alejado de la Iglesia..., todo eso podría conducir a la pérdida del tesoro más grande que Dios nos ha regalado.

Margarita era una muchacha bella, buena..., hasta que un día quiso probar fortuna con quien la solicitaba de mil maneras. Y Margarita huyó de la casa.

Lejos con su amante, rico y que le da todo lo que quiere, ¡hay que ver los vestidos que luce! ¡Hay que ver cómo monta a caballo y cómo presume en la carroza! ¡Hay que ver qué nueve años de derroche y de placer!... Hasta que viene lo que tiene que venir cuando pierde la vida el amante. Margarita lo cuenta con el corazón todavía destrozado:

- *¿Feliz? No lo era en absoluto, con la conciencia siempre atormentada. Porque allí perdí el honor, la dignidad, la paz. Lo perdí todo, ¡menos la fe!*

Esto, lo que le pasó a Margarita de Cortona, que, vuelta a Dios, llegó a ser una Santa tan admirada y tan querida, a pesar de haber caído tan hondo, precisamente porque en medio de su desgracia supo conservar la fe. Y, conservada la fe, defendida después con tesón, y confesada públicamente sin respeto humano alguno, Margarita sigue clamando, y sabe muy bien lo que se dice:

- *¡La fe, no pierdan nunca la fe!... Dios dice en la Biblia complacido y con amargura a la vez: “Mi justo vive por la fe, pero si se echa para atrás, ya no me complazco más en él”. (Hebr.10,38)*

La fe entonces es una opción: ¿Quiero agradar a Dios o no le quiero agradar?... Para agradar a Dios, la fe no se tira nunca para atrás. La fe va siempre hacia delante, lo mismo en la tranquilidad que en la borrasca. Como el pez, que no sale del agua y lo mismo la da una mar serena que una revuelta por la tempestad.

El creyente se repite siempre las mismas preguntas:

- ¿Que no veo nada de lo que se me dice? Es natural. Dios es invisible. Ya llegará día en que veré todo claro, cuando contemple a Dios cara a cara sin que existan más misterios.

- ¿Que todo me va bien? Doy a gracias a Dios que me ama y me cuida de esta manera.

- ¿Que las cosas me salen mal? Beso la mano providente de Dios, aunque no entienda los “porqué” suyos. *La fe brilla más que el oro; porque el oro no brilla en la oscuridad, mientras que la fe da esplendor al alma* (San Agustín)

Hemos comenzado hoy con un poeta, y acabamos con otro poeta, que cantaba:

La senda seguiré de mi destino,  
y alumbrará tan sólo al peregrino  
la estrella rutilante de la FE (Guillermo Hall)